

## La religión y la religiosidad en Colombia

Ángela Inés Robledo / Universidad Nacional de Colombia

Se puede tener alguna fe religiosa o no tenerla, pero en Colombia es improbable no comprender el conjunto de normas o creencias que constituyen la doctrina católica o escapar de su cultura instaurada con el coloniaje hispánico para ser hegemónica, a pesar de que esa supremacía quedó legalmente abolida por la Constitución de 1991 al liberalizar la libertad de cultos y conferir igual valor jurídico a todas las confesiones religiosas. Difícil ignorar o no reconocer el conjunto de vivencias que permiten experimentar lo sagrado y la presencia de Dios encerradas en esas “verdades de la fe” establecidas por la Iglesia Católica.

El catolicismo se integra a nuestras nociones del bien y del mal, del demonio, de la virtud, la ética, el pecado y el delito, a nuestros afectos. Está presente cuando en lo íntimo nos preguntamos si creemos o no y en qué creemos; en las diversas manifestaciones de la mística que encamina el alma a Dios; en el trabajo misional que convoca a otros a ser católicos; en la teología de la liberación, con su búsqueda de justicia social que algunos, algunas, buscaron con las armas.

Su impronta de doctrinas, prácticas y espiritualidad pervive entretejida de disímiles maneras en nuestra vida diaria, nuestros imaginarios, nuestros cuerpos definidos por el control a la sexualidad. Es un referente común útil para comunicarnos, ligado a nuestra identidad, si es que ésta existe. Se manifiesta en las fiestas populares patronales; en los altares con sus santos invocados en innumerables devociones; en los ritos de paso de la vida y de la muerte como bodas, bautizos, funerales, que nos reúnen a todos.

El dominio del catolicismo, como sabemos, nunca fue una realidad: la idea imperial de Carlos V, su *rex hispánica* que aspiraba a someter con la misma lengua, la misma raza y la misma religión, se trasplantó a América con fisuras. Durante la conquista y la colonia se generaron relaciones simbióticas entre la religión imperial y las creencias indígenas y africanas de los negros sometidos. Surgieron nuevas posibilidades de identificación, de entender lo étnico y modos inéditos de acercamiento a la religiosidad. Las matas de sábila colgando de una puerta, la adivinación del tabaco, los ojos de la vidente que se anticipa al futuro testimonian esas interacciones.

Fe y cultura católica fueron después retadas por la convivencia e interacción, abierta a veces, soterrada en otras ocasiones, generadora de conflictos o discriminaciones en algunos casos, con los dogmas y cultos de otras iglesias y comunidades: judíos; protestantes para quienes la *Biblia* es la única autoridad en materia de fe; mormones; seguidores del Islam; adventistas; entre otras, todas puestas en cuestión por ateos y gnósticos.

Fe y cultura se vuelven a significar hoy por la cultura mediática y la globalización. Transformadas por el narcotráfico con sus valores asociados a la adquisición del dinero fácil; reelaboradas en nuevos espacios casi siempre urbanos que surgen de los desplazamientos forzados a causa de las acciones guerrilleras y paramilitares o por las migraciones. Son otras religiosidades, nacidas de otras hibridaciones, de más transculturaciones. Se leen según ópticas que privilegian la mirada de los marginados quebrando nociones de autoridad y validan lo peculiar y local de esos rituales y creencias.

Mágica, dramática, evocadora de lo sublime, de recuerdos dulces como la oración al Ángel de la Guarda y de los villancicos de la niñez. O vinculada a lo oscuro, a lo misterioso, a la muerte por encargo causada por alguien que reza para que sus balas den en el blanco, a las alianzas entre los jefes y todos los poderes, a la reproducción de más inequidades. También así se piensa la religión en Colombia. Somos religiosos a la hora del dolor, cuando estamos en necesidad, en cercanías de la muerte. Nos olvidamos de Dios cuando somos felices. Valdría la pena averiguar ¿cuán religiosos somos?, ¿cómo nos comportamos de manera religiosa?

Religión y religiosidad están en el origen de los debates fundamentales de nuestra historia: sobre el derecho de los españoles a colonizar a nativos que, para algunos, no tenían alma; acerca de lo demoníaco encarnado en rituales de indígenas o esclavos; alrededor de la nación recién nacida en pugna por fabricar sus modelos de ciudadanos y ciudadanas ideales, buenos y ejemplares cristianos, y ser laica o confesional con Concordato. Polémicas jurídicas, filosóficas, que nos involucran, como las suscitadas en torno al aborto en nuestros días.

Este número de la *Revista de Estudios Colombianos* rescata lo religioso popular y oficial, de periferias inciertas, lo religioso registrado en la literatura, en las artes y lo pensado por las ciencias sociales. Son aproximaciones precarias porque el alcance de lo que se considera religioso o es parte de las actividades religiosas es incalculable. “El oficio de ser religiosa”, siete artículos, ordenados de manera cronológica según su temática, y la entrevista al Padre Miguel Triana, amigo de Camilo Torres, tan sólo esbozan esa problemática compleja.

Carmiña Navia Velasco, en “El oficio de ser religiosa”, reflexiona sobre su fe, la de perderse en el infinito durante su infancia, la que la llevó al compromiso político en su juventud y a la conciencia de ser mujer en su madurez. Navia siempre en los límites de su tiempo: muchacha de la década

del sesenta, de *hippies* y militantes de izquierda, profesora de literatura de la Universidad del Valle y ahora monja de una comunidad religiosa dedicada al trabajo comunitario con mujeres, medita sobre un Dios perdido y recobrado que ha dejado de ser patriarcal.

La boca que sangra es la metáfora utilizada por Beatriz Ferrús para examinar las “vidas por mandato” de la Madre Castillo y de Jerónima Nava y Saavedra, nuestras autoras coloniales, bocas que se vuelven cuerpo adolorido y sirven para hablar tanto del rapto místico y de la tentación diabólica en la escritura de Castillo, como del amor en la autobiografía de Nava. Ferrús también se pregunta en su texto desde dónde escriben las mujeres, para ofrecer así un ensayo sobre la modernidad y el autodescubrimiento de la herencia de las mujeres en la literatura barroca.

Charles Moore analiza por qué Francisca Josefa de Castillo y Guevara en sus *Afectos espirituales* emplea imágenes y símbolos de insectos y arácnidos, que provienen de la tradición clásica, los bestiarios medievales y la poesía española. Tales recursos estéticos le permiten a la religiosa clarisa crear un espacio de autonomía en un entorno misógino y, a la vez, mostrar su acercamiento a Dios, que “se ha de buscar en sus criaturas”, como dice Teresa de Ávila. Atestiguan la habilidad literaria de Castillo y su acatamiento a las enseñanzas de Ignacio de Loyola.

El minucioso trabajo feminista y teológico de Isabel Corpas de Posada alude a los cuatro mil artículos y ensayos de Soledad Acosta de Samper sobre temas religiosos, la mayoría de los cuales fueron reunidos en sus revistas. Corpas destaca la serie de relatos “Evangelios dominicales y su explicación”, aparecida en una de tales publicaciones, *El Domingo de la Familia Cristiana*, de curiosa estructura narrativa: las voces de los personajes que se encuentran cada domingo en una hacienda de la Sabana de Bogotá charlan acerca de los temas que cada uno conoce: científicos, educativos, morales, vidas de santos. Una mujer, la autora, se apropia de la voz del sacerdote que asiste a los encuentros para exteriorizar sus convicciones religiosas. Corpas subraya así la vehemente defensa del catolicismo de Acosta.

Indispensable incluir un artículo sobre la Madre Laura Montoya, recientemente canonizada, en una publicación sobre la religión en Colombia. María E. Osorio indaga sobre el informe elaborado en 1917 por la monja sobre su trabajo misionero con los indígenas y presentado al Comisionado Episcopal, el doctor Carlos Villegas. La metodología para evangelizar es innovadora para la época: parte del conocimiento y respeto del otro situado en su realidad social a la vez que desbarata la relación vertical entre alumno y profesor. De esa suerte, el documento no sólo es un modelo pedagógico y misionero, sino un texto que denuncia la miseria de los nativos, en particular los del occidente de Antioquia. Osorio asegura que puede leerse como un manifiesto político.

También fue misionera Sophie Müller, una mujer norteamericana que arribó en 1944 al Vaupés para difundir la fe protestante a los nativos del territorio del río Amazonas. El fascinante relato biográfico, escrito por Jane Rausch, nos revela que, hacia 1965, Müller había establecido alrededor de doscientas iglesias y traducido el Nuevo Testamento a las lenguas de los Cubeos y Piapocos. Tenida por bruja, educadora heroica, portentosa enviada de Dios y opositora al Gobierno, Muller conservó su enorme influencia por más de veinte años. Murió al comienzo de la década de los noventa. Rausch investigó el impacto de la predicadora sobre las comunidades indígenas aludidas y las razones del declive de su prestigio.

El diablo, lo diabólico, la bruja y la hechicera llaman la atención de Josefina Pizano que rastrea esos personajes y la noción del mal durante la colonia en el cuento “La procesión de los ardientes”, de Pedro Gómez Valderrama, miembro de la generación de *Mito* con sus propuestas modernas. Pizano reconstruye la tradición literaria e histórica y los sincretismos entre la tradición española, el pensamiento criollo y las creencias de los afrodescendientes que permiten la escritura de este relato. Los conflictos políticos y religiosos con la Inquisición de fondo, la puesta en escena de las identidades de los subalternos y la sexualidad femenina que es domeñada salen a relucir en su estudio.

También es clave la figura del demonio en el trabajo de Nancy Motta González sobre la religiosidad de seiscientas familias que salieron del Pacífico nariñense hace veinte años y habitan en el jarillón del río Cauca, en el Barrio Alfonso López de Cali. En ese sector, donde abundan las pandillas, cercano al río que es un espacio neutral y portador de vida, se superpone la cultura afropacífica de tipo mágico, místico, con las manifestaciones religiosas asociadas al poder de la sociedad vallecaucana: evangélicas, católicas, cristianas. Las invocaciones, éxtasis, predicaciones y rituales asociados a esas creencias redimensionan las relaciones entre el cuerpo, el espíritu y la materia al producirse en un nuevo entorno geográfico: la ciudad violenta.

En una nueva versión ampliada del testimonio del Padre Miguel Triana, amigo y compañero de estudios de Camilo Torres, recogido por el sociólogo Fernando Cubides en 1991 y que no ha perdido vigencia porque Camilo sigue fascinando, se descubren anécdotas y un perfil un tanto desconocido de este ícono de la lucha armada colombiana que la asumió como un deber de católico y la entendió como sociólogo.

Estos ensayos, pensados desde marcos conceptuales diversos, darán pie a nuevas interpelaciones y proyectos académicos. La religión y la religiosidad en Colombia y sus múltiples transformaciones siguen siendo temas sugestivos.